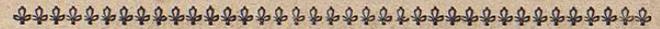


menta de vanas exterioridades. Fui introducido por un camarero al gabinete de Su Santidad : la misma modestia , el mismo candor encontré en su persona , que en los grandes salones que dejaba atras. El Papa estudiaba, el Papa escribia, el Papa se ocupaba de su ministerio. ¡ Ved ahí el Papa ! Un crucifijo y la imagen de la Virgen tenia delante, y en los conflictos del pesado cargo que la Providencia le encomendó, sin duda su alma, derramada á los piés de Aquel que le instituyó su vicario, le pedirá un rayo de luz celestial que le ilumine.



CAPÍTULO XXXI.

Las puertas del infierno se estrellan contra él. — Bilete misterioso. — El Pontífice fugitivo. — Escenas crueles. — Triunfo del Pontificado en toda la tierra. — Agitacion universal. — Ejército católico. — El Papa restablecido en su trono.

« Las puertas del infierno no prevalecerán contra ella , » dijo el divino Fundador de la Iglesia católica al confiar su direccion á uno de sus discípulos , y despues de él á los que habian de sucederle. Esta promesa es el espíritu que la anima y el alma de su existencia : las borrascas se sucederán, los huracanes soplarán con violencia indescribible, el mundo conmovido furiosamente amenazará disolverse ; pero mientras tanto la Iglesia subsistirá como una de esas inmensas moles que los esfuerzos de cien generaciones elevaron en los arenales del Egipto. Nosotros hemos visto en medio de la agitacion universal, entre los trastornos políticos de peor carácter que ha experimentado la Europa , y del grito de horror que levantó el catolicismo entero, salir fugitivo el Sumo Pontífice, caer Roma en manos de hombres sin religion, y manchadas las calles de la ciudad eterna con la sangre de ministros ejemplares del santuario. Todo esto hemos visto, y quizá verán mas todavía las generaciones que nos han de suceder. ¿ Pero de qué aprovecharon la combinacion de tantos trabajos, el desarrollo de tantos proyectos y el furor sin ejemplo de tantos impíos ?

El mundo vió, en medio del estruendo que producian las pasiones agitadas, los tronos que rodaban, el poder pisoteado

truosas, vergüenza eterna de los falsos republicanos, Gaeta lo era de otras que representaban el triunfo del pontificado en toda la tierra, y no solo sobre las conciencias de los católicos, sino en los consejos de los gobiernos y en la política de los gabinetes. Francia, Austria, España y Nápoles emprenden la defensa de los derechos del Papa y marchan á ocupar la ciudad de Roma; Portugal ofrece al Pontífice el concurso de sus esfuerzos para el restablecimiento de su trono, y pone á su disposición el palacio de Mafra, una de las residencias reales mas bellas de Europa. Las naciones del Viejo y Nuevo Mundo envían á Gaeta representantes que aseguren al Papa su fidelidad, adhesión cordial y profundo respeto. Desde el otro lado del Atlántico el jefe de una República escribe al Vicario de Jesucristo: « Las naciones católicas de Europa se habrán honrado ofreciendo cada una en su territorio magnífica hospitalidad al Padre comun de los fieles, ahora que la ingratitude le ha obligado á ausentarse temporalmente de la insigne ciudad donde fijó su silla el primer Pontífice cristiano. Mas si en los decretos de la Providencia estuviera que uno de sus sucesores hubiese de ilustrar con su presencia las regiones del Nuevo Mundo, Vuestra Santidad, Beatísimo Padre, encontraría en Méjico siete millones de hijos llenos de amor y veneración hácia su sagrada persona, y que tendrían á ventura recibir inmediatamente de sus manos la bendición paternal (1). » No eran ménos generosos los sentimientos de los católicos en Estados Unidos que en Chile, y desde el Canadá hasta el cabo de Hórnos uno solo era el sentimiento y uno mismo el deseo de los pueblos y gobiernos: el triunfo de la cabeza de la Iglesia sobre los enemigos del Pontificado. Leyendo la coleccion de notas oficiales dirigidas al Papa fugitivo en Gaeta (2), puede conocerse la uniformidad del pensamiento cató-

(1) *L'Orbe cattolico a Pio IX, Pontefice Massimo.* — Lettera del Presidente della Repubblica Messicana.

(2) Impresas en *L'Orbe cattolico a Pio IX, Pontefice Massimo*, esuante da Roma: 2 vol., Napoli, 1850.

lico en aquella circunstancia azarosa para la Iglesia. Los magistrados de los pueblos, los senados de las repúblicas con muy raras excepciones, los obispos de todo el mundo, los cabildos, las congregaciones religiosas, los hombres mas notables de Europa, todos se apresuraron para describir en sus cartas el prodigioso movimiento, y la ansiedad infinita que experimentaba el cuerpo católico con las amarguras de su cabeza. Ni la imaginación mas fecunda de los poetas ni el pincel mas valiente de los artistas pueden representar triunfo tan espléndido, tan imponente y tan extenso como este que dibuja el pensamiento universal, y representa al jefe de la Iglesia triunfante y venerado en toda la tierra, por el corazón, por la conciencia y por la voluntad de todos los pueblos. No pocos gobiernos protestantes se asociaron á estas manifestaciones, echando en cara con su noble conducta la traición de algunos que, contradiciendo los sentimientos del pueblo, quedaban fuera del movimiento general.

Ejércitos de católicos no tardan en precipitarse sobre las costas de Italia; la iniciativa de restablecer al Papa en su trono nadie podrá disputar á España (Q), ni la gloria de llevar á cabo la empresa á la República francesa. La España desembarcaba un ejército en Terracina, Nápoles combatía en Velletri, el Austria ocupaba Ferrara y Bolonia, cuando Francia dominó en fin los muros de Roma y penetró las calles de la ciudad eterna, cuyas llaves volvió al Pontífice fugitivo, tan perseguido por ingratos como honrado por el cristianismo entero. Los que miraron de reojo la intervención armada de los gobiernos católicos en los Estados pontificales, no querrian, por cierto, la continuación de aquellos sangrientos episodios, lances inmorales, robos, sacrilegios y desórdenes que salpican la historia de la república romana, tan corta por su duración como larga por los males que acarreó. No es la agitación de pocos individuos el representante de la voluntad nacional, ni los demagogos que ven en su puñal su única ley son los que están llamados para diri-

y la multitud representando un simulacro de autoridad, levantarse el Pontífice y dirigir su voz á los pueblos conmovidos, diciéndoles en nombre del Cristo : « ¡ Desgraciado el que no oye la voz de Dios en el viento que mece, quiebra y arranca los cedros y las cañas ! ¡ Desgraciado el orgulloso si atribuye á las faltas ó al mérito de algun hombre las asombrosas revoluciones que presenciamos, en vez de adorar los designios secretos de la Providencia, ya se revelen en las obras profundas de su justicia, ya en las inefables de su bondad, de esa Providencia que tiene en sus manos los imperios de la tierra !... Puedan nuestros ruegos elevarse hasta Dios y conseguir para todos ese espíritu de prudencia, fortaleza y sabiduría del que es fuente y origen el temor de Dios... » Esta voz, intérprete de la voluntad divina, quedó sepultada entre el bullicio de una multitud armada que se lanzaba á los combates. Las cabezas del movimiento, ciegos de furor por reveses experimentados, vuelven sus armas contra la Iglesia ; y en torno al Quirinal, de donde salian voces tan dulces y tan pacíficas, se oyen los gritos de la sedicion y el estampido de los fusiles. La situacion del Papa fué cada vez mas crítica, los anarquistas estaban dispuestos á atropellar por todo ; pero en medio del peligro aquel no perdió la calma de espíritu, ni la tranquilidad le abandonó un solo instante. De rodillas en su oratorio buscando inspiraciones al pié del crucifijo, no dejaba la oracion sino para conferenciar con los representantes de todas las potencias, « presentes allí, segun la bella expresion del embajador español (1), para formar con sus personas una muralla que defendiese al Vicario de Jesucristo, insultado por la revolucion. » En estas circunstancias recibe un billete que por los momentos en que llegaba pareció misterioso, y abriéndole lee conmovido las siguientes líneas : « Santísimo Padre, durante las peregrinaciones de su destierro en Francia y sobre todo en Valenciennes, donde mu-

(1) Martinez de la Rosa.

rió y reposan su corazon y sus entrañas, el gran Pontífice Pio VI llevaba la santa Eucaristía sobre su pecho ó sobre el de sus prelados domésticos que estaban con él en su coche. Él sacaba de este augusto sacramento luz para su conducta, fuerza para sus penas, consuelo para sus dolores y esperaba hallar el viático para la eternidad. Poseo de un modo auténtico é indubitable el pequeño depósito (pyxide) destinado á un tan tierno como religioso y memorable uso. ¡ Me atrevo á presentarlo á Vuestra Santidad ! Heredero del nombre, de la sede, de las virtudes, del valor y (casi) de las tribulaciones del gran Pio VI, Su Santidad sabrá apreciar esta modesta, pero interesante reliquia, á la que, segun espero, no será necesario dar el mismo destino. ¿ Quién conoce, sin embargo, los designios de Dios en las pruebas que su Providencia prepará á Su Santidad ? Ruego por ella con amor y fe. Dejo la pyxide en la misma bolsa de seda que la contenia cuando servia á Pio VI, y se encuentra absolutamente en el mismo estado que cuando se hallaba suspendida al pecho del inmortal Pontífice... Conservo preciosos recuerdos y un profundo reconocimiento á las bondades recibidas de Vuestra Santidad en la época de mi viaje á Roma el año último, dignos todavía añadir la de vuestra bendicion, que espero prostrado á vuestros piés.— Pedro, obispo de Valenciennes. » Enternecido Pio IX cree ver en este billete un aviso del Cielo, y se dispone á partir llevando en su pecho la santa Eucaristía de la misma manera y en el mismo depósito que el ilustre preso de Valenciennes. El Papa deja la ciudad eterna ocultamente, y del mismo modo que Jesucristo salió de Jerusalem cuando el tiempo de su Pasion no habia llegado aun. Durante el silencio de la média noche atraviesa el Estado pontifical y se refugia en la fortaleza de Gaeta, en el reino de Nápoles. El conde de Spaur, ministro de Baviera, le acompaña en su travesía, participando con él de los riesgos de su situacion ; mientras que el duque de Harcourt, embajador de Francia, expone su persona heroicamente por ocultar en Roma la partida del Pontífice.

Apénas este ha llegado á Gaeta cuando el rey de Nápoles, advertido de los acontecimientos por una carta de Pio IX, que el conde de Spaur puso en sus manos, corre á echarse á los piés del ilustre fugitivo. Un historiador de la revolucion de Roma nos pinta este cuadro tan interesante: « En el momento, dice, que Fernando II saltaba á tierra, se le presentaron el duque de Harcourt, embajador de la República francesa, y el cardenal Antonelli, diciéndole que Su Santidad estaba en la posada del jardin; convinieron presto que para evitar el concurso de la muchedumbre iria el Papa, guardando su incógnito, al palacio del gobernador, á donde para recibirlo se dirigió el rey inmediatamente. La entrevista fué de las mas tiernas; Fernando, su mujer, sus hijos y todos los príncipes se arrodillaron á los piés del Pontífice, derramando lágrimas de alegría y dando gracias á la Providencia, que llevó sano á los Estados de Nápoles al representante de Cristo sobre la tierra. El Santo Padre, conmovido profundamente por estas señales tan manifiestas como sinceras de veneracion, hizo levantar á los miembros de la familia real despues de concederles su bendicion, la primera que daba despues de su salida de Roma (1). »

Los enemigos del pontificado lanzados miéntras tanto en la revolucion, presentaban en Roma escenas las mas crueles y lances tan repugnantes que la pluma se resiste á referir sus pormenores. Cuando los republicanos de Roma con cinismo sin ejemplo llamaban *Revolucion sin mancha* sus movimientos demagógicos, la Religion y la naturaleza, la fe y la sociedad les formaban proceso, el mas feo que puede presentarse en los tiempos modernos. La Religion lloró sus templos profanados, sus misterios vilipendiados públicamente, y sus ceremonias augustas entregadas al ridículo del modo mas ignominioso. Los claustros vieron protegida la apostasia, menospreciada la virtud y combatida su existencia; hasta los

(1) *Histoire de la révolution de Rome.* (A. Balleydier.)

silenciosos asilos de las religiosas fueron invadidos, los unos por soldados que hacian salir á sus piadosos moradores, y los otros por damas entusiastas que iban á ofrecerles la relajacion de sus votos por la república y la devolucion de su libertad, ¡ como si las monjas estuviesen por fuerza en los monasterios! Ni una hubo que quisiese salir de mas de mil y quinientas que contienen los claustros de Roma. La moral se escandalizó presenciando sociedades de mujeres que tenían á su cabeza á Gavazzi y á la Belgiojoso, y bajo el nombre de « Hermanas de caridad » envueltas en seda y ricos encajes se empeñaban por extender el proselitismo de la voluptuosidad entre los militares franceses retenidos en Roma por una traicion de los republicanos. ¡ Qué contraste formaban aquellas con las verdaderas Hermanas de la caridad que en union de algunas nobles Romanas derramaban consuelos entre los desgraciados! La humanidad alzó un grito horrorizada al contemplar hechos como el del párroco de la Minerva (1), sacado de su convento por un agente de la república á pretexto de visitar un moribundo y asesinado luego á sangre fria sobre las ruinas de San Calixto. Catorce sacerdotes corrieron en el mismo dia igual suerte, sin ser procesados ni sentenciados sino por el simple dicho de un agente del triunvirato, que hacia á la vez de soldado, juez y verdugo. La fe y la sociedad miraron con horror las bases en que se apoyaba el sistema del triunvirato, que compendiándolas podemos reducir á los siguientes capítulos: — Abolicion de garantías individuales. — Desprecio del derecho de gentes. — Violacion de la propiedad. — Asesinatos alevosos y régimen despótico establecido en sus mas vastas proporciones.

Pero miéntras que Roma era teatro de escenas tan mons-

(1) « Sacerdote excelente, padre de los pobres y amigo de los desgraciados, » le llaman los historiadores. Quien desee ver todos los pormenores de estos sucesos lea « *Histoire de la Révolution de Rome*, par Balleydier, » 2 vol. in-8o.